

## XII

**L**A mañana siguiente al día en que Gilberto había formado la resolución de permanecer en Geierfels, el padre Alejo se levantó temprano, y se trasladó como de costumbre á su querida capilla; entró en ella con paso lento, encorvado, y el rostro inquieto; pero cuando hubo atravesado la nave y llegó al frente de la puerta mayor del coro, la influencia del santo sitio empezó á disipar su melancolía; sus pensamientos tomaron un giro más tranquilo, y su semblante se serenó. La capilla, que formaba parte de un pequeño cuerpo de edificio separado por un patio de la construcción principal, daba á levante recibiendo la luz por tres grandes ventanas ojivales que miraban á una galería con columnas. Durante la noche, había abonanzado el tiempo, y en aquel instante un rayo de sol, penetrando por una de las ventanas, destacaba con su luz una de las figuras de los evangelistas que decoraban el iconóstasis; este favor con que el cielo hon-

raba una de sus obras maestras halagó dulcemente el orgullo paternal del buen hombre. Tan luégo como hubo rezado su misa y despojándose de su alba de seda bordada, se quitó el ropaje negro y se endosó una sotanilla cubierta de manchas de grasa y de color; era su traje de artista. Luégo, después de haberse arremangado, subió solemnemente una escalerita que conducía á un andamio colocado contra una de las paredes, lleno de paja molida y potes de aceite, de barniz, de yeso desleído y de cola de pescado.

Hacía algunos días que el padre Alejo se ocupaba en pintar un grupo de tres personajes; Abraham, Isaac y Jacob, que llevaban su posteridad sobre las rodillas. Era una copia bastante exacta de una pintura que se encuentra en el cuadrilátero del convento de Lavra. Veíanse aquellos patriarcas gravemente sentados en un banco de césped, separados unos de otros por pequeños arbustos de aspecto algo fantástico. Sus venerables cabezas estaban rodeadas de una auréola; su abundante cabellera peinada con el mayor cuidado descendía majestuosamente sobre los hombros, y la poblada barba les llegaba hasta la mitad del pecho. Cubiertos con un amplio manto de pliegues rectos y simétricos, sostenían en sus brazos abiertos un lienzo blanco en el que se veían ocho cabezas de niños colocadas en fila, símbolo insuficiente tal vez de aquella posteridad tan inmensa como las estrellas del cielo cuya promesa halagaba su orgullo. Esos héroes de la antigua alianza tenían rostros de monjes, largos, macilentos, austeros; pero su tristeza nada tenía de meditabunda ni extática..... Parecían muy ocupados en un pequeño cálculo, y como diciendo entre sí: «Hace ya muchos años que ayunamos y nos levantamos por la noche á cantar maitines; son ya anticipos de consideración...» Y calculando los reembolsos que les corresponderían con el tiempo, procuraban darse cuenta de su debe y haber...

Trabajando estaba el padre Alejo desde hacia una hora,

cuando oyó rumor de pasos en el patio; volvió rápidamente la cabeza y vió á Gilberto encaminándose á la capilla. El padre se estremeció de gozo, como un pescador que después de largas horas de mortal espera, ve tragado imprudentemente el anzuelo por un pez de hermosa apariencia. Ansioso de su presa, arrojó bruscamente la brocha, bajó del andamio con la agilidad de un joven y corrió á esconderse detrás de la puerta, donde permaneció al acecho conteniendo la respiración; en cuanto apareció Gilberto, se abalanzó hacia él y le cogió de un brazo mirándole con ojos que parecían decir: «Ya os cogí, y no os vuelvo á soltar.»

Cuando se hubo calmado algún tanto su alegría:

—¡Ah! Hijo mío—exclamó—¿qué feliz inspiración os conduce aquí?

—M. Lemínof se siente indispuerto—le contestó Gilberto—y he creído no podía emplear mejor mis ocios que viniendo á ofreceros mis respetos.

—¡Oh! ¡magnífica idea!—le dijo el padre mirándole con inefable ternura.—¡Venid, venid, hijo mío, os lo enseñaré todo, sí, todo!

Esta palabra *todo* la pronunció con un acento tan enérgico que Gilberto se asustó. Como se puede comprender, no eran precisamente las pinturas bizantinas lo que llamaba principalmente su atención en aquel momento. De todos modos se prestó con infatigable complacencia al minucioso examen de todas las imágenes del iconóstasis y de la nave; elogió cuanto le pareció digno de alabanza, guardó silencio sobre los notables defectos que ofendían la delicadeza de su gusto, se permitió sólo algunas observaciones de detalle y sobre todo escuchó con una atención tan abstraída todas las explicaciones con que le abrumaba el autor, que éste al cabo de algunos minutos, había concebido por él el más vivo afecto, y se lo demostraba con sus miradas, con sus sonrisas, con cariños enteramente paternos.

—¡Hijo mío, os he reservado mis tres patriarcas para el ramillete!—dijo por fin el buen padre.—¡Vamos á ver qué os parecen?

Y le condujo al pié de la escalera:

—Subid con los ojos cerrados; ya los abriréis cuando estéis arriba. Cerrad los ojos, cerradlos bien; no tengáis miedo de caer, yo subo detrás.

Gilberto accedió á su deseo. No nos atreveríamos á jurar que al abrir los ojos experimentara ese deslumbramiento con que había contado el padre Alejo; pero sonrió con aire de complacencia. En pié á su lado, el pintor le devoraba con la vista y murmuraba entre dientes:

—¡Cuando os decía que este era el ramillete! Querido hijo—prosiguió, después de haberle dado tiempo para recomponerse—querido hijo, no temáis ofenderme diciendo francamente cuál de las tres figuras admiráis más?

Se veía que el padre Alejo poseía el difícil arte de plantear bien las cuestiones.

—Hablándoos con entera franqueza y sin ocultaros nada—contestó el indulgente Gilberto—prefiero á todos Abraham. Tiene cierto aire de majestad...

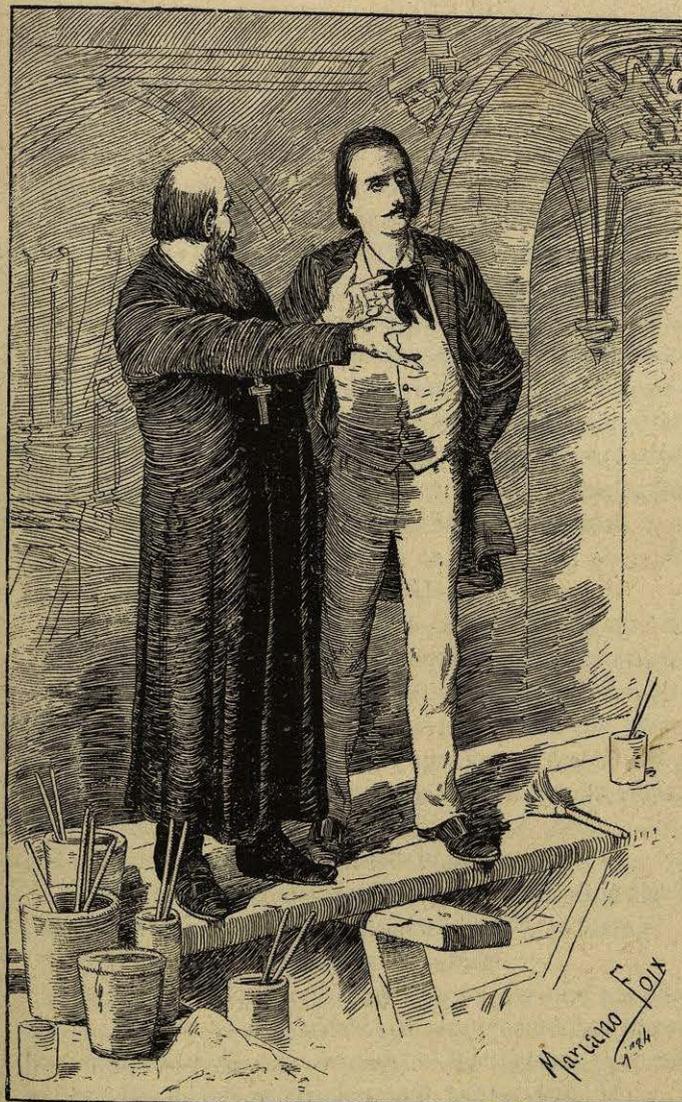
—¡Diablo! tenéis el gusto muy fino!—exclamó el sacerdote apretándole ligeramente el brazo.—Si, Abraham es la rosa más linda del ramillete... Sin embargo, no quisiera que vuestra admiración por el abuelo os hiciera pecar de injusto con el hijo y el nieto. Mirad con atención á Isaac. ¿No le encontráis cierto no sé qué en el semblante?...

—Tenéis razón. ¡Pues bien! padre mío, para quedar bien con todo el mundo, os diré que la testa de Abraham es más majestuosa, y la de Isaac más expresiva.

—¡Eh! ¡Eh! hijo mío, sois un juez consumado en estas materias y gran conocedor de la belleza de las cosas... ¿pero y Jacob?... parece que Jacob!...

—¡Verdad, sí! ¡su barba es de un color gris soberbio!

—¡Qué bien habláis! «Las palabras agradables son un panal de miel», según está escrito en los Proverbios... Si,



esa barba es hermosa... ¿Pero no me decís nada de esos lindos arbustos?

—¡Oh! ¡no pasan de ser accesorios!

—No habléis con ligereza de los accesorios—dijo el pintor con aire de reprensión—es un detalle más importante de lo que os figuráis. Decidme, sino: ¿qué vale una buena comida sin postres? ¿qué la mejor narración sin los detalles? La misma felicidad (desde el punto de vista mundano, se entiende) la felicidad no tiene sabor ni fragancia si no está sazonada con algunos pequeños placeres. Sois todavía joven, hijo mío, y despreciáis las cosas pequeñas. Cuando tengáis más edad, reconoceréis la importancia de los accesorios y que lo esencial, para vivir bien, es condimentar las salsas... Pero, mirad ese césped! ved cuán fresco, cuán aterciopelado... ¡Virgen santa! ni os dignáis mirarlo. No tenéis ojos más que para Abraham. Es una debilidad que os perdono. Mirad, examinad más de cerca esos pliegues del manto, allí, encima de la rodilla.

Gilberto se estremeció de piés á cabeza viendo que la conversación adquiría el movimiento de una lanzadera. Abraham y el césped, el césped y Abraham, círculo mágico en que corría riesgo de permanecer aprisionado hasta la noche. Grave era el peligro, se apresuró á conjurarle y anunció al padre que tenía que hablarle de un asunto serio.

—¡Un asunto serio!

Y el semblante del buen sacerdote se oscureció.

—¿Tendríaís que confesaros de alguna cosa? ¿Qué digo? No sois ortodoxo, hijo mío; ¡pluguiera á Dios lo fuérais!

Luégo, dándose una palmada en la frente:

—Ahora recuerdo; hay ciertas aclaraciones que me alegraría... Vamos, abandonemos este sitio que pudiera traernos malas consecuencias en caso de distracción; pero no os despedáis de mis patriarcas: no lo habéis visto todo, y...

—Bajemos, bajemos—dijo Gilberto poniendo el pié en la escalera.

Bajaron y fueron á sentarse en uno de los extremos de

la grada de mármol blanco que, á la entrada del coro, ocupaba toda la anchura de la nave.

—Hijo mío—empezó tímidamente el padre—anoche...

—¡Precisamente de esto deseaba hablaros!—dijo Gilberto.

—¡Ah! sois bueno y generoso; adivinasteis mis apuros, y habéis querido... Lo confieso, un ligero amodorramiento... La carne es débil... ¡Ah! no sois así vos... El favor no os trastorna la cabeza. Hablad, hablad, soy todo oídos.

—Con la condición, padre mío, que me guardaréis el secreto, pues ya comprendéis...

—¡Sí, ya comprendo! ¡Pobres de nosotros, si se pudiera sospechar que nos ocupábamos de ciertas cosas! ¡Oh! no temáis. Si Kostia Petrovitch me habla de este asunto, aparentaré no saber nada, y me acusaré de haber infringido la prescripción del gran Salomón que dice: «Cuando te sientes á la mesa de algún príncipe, observa con atención lo que hagan los demás.» ¡Oh! hablad sin miedo, hijo mío. Sabed que en esta boca hay una lengua vieja que no dice nunca más que lo que quiere.

Cuando Gilberto terminó su relación, el padre Alejo se deshacía en exclamaciones, santiguándose á cada momento:

—¡Oh! pobre niño!—exclamó—qué locura la suya! ¿Con que ha jurado su perdición? ¡Querer morir en pecado mortal! El espíritu de las tinieblas se ha apoderado forzosamente de él. ¿No invoca acaso por la mañana y por la noche á san Jorge? ¿No reza sus oraciones, y no lleva sobre el pecho el santo amuleto que le di? ¡Ah! por qué me dormí anoche! ¡Qué sermón le hubiera echado! Habría empezado por decirle...

—No pongo en duda vuestra elocuencia; pero no son amonestaciones ni buenos consejos lo que le hace falta á ese joven: un poco de ventura le causaría mejor efecto.

—¡Ventura!... ¡Eh! sí, su vida es algo triste. Hay ciertas máximas de educación...

—No se trata de máximas de educación, sino de un padre que profesa á su hijo un odio declarado.

—¡Virgen santa!—exclamó el sacerdote con un movimiento de espanto—no digáis eso, hijo mío! Dios no gusta de oír esas palabras. No las repitáis jamás; ni sería prudente, ni caritativo...

Gilberto se obstinó, enunciando como ciertas las conjeturas que se le habían ocurrido, y encareció todavía más su pensamiento, con la esperanza de que el padre, replicándole, le proporcionaría las aclaraciones que deseaba. El éxito del artificio sobrepujó á sus esperanzas.

—Sé de ciencia cierta—dijo—que M. Leminof amaba á su esposa, que ésta le fué infiel, que él acabó por concebir sospechas, y que se vengó...

—¡Falso! ¡Falso!—exclamó el padre con profunda emoción.—Según vos, podría creerse que el conde Kostia mató á su mujer. Os han contado una fábula. La verdad es que la condesa Olga se envenenó, y luego, sintiéndose morir, presa de espanto, pidió socorro... Todo fué inútil; no se logró que arrojara el veneno. Entonces me llamó á toda prisa. No tuve tiempo sino de llegar, recibir su confesión... ¡Oh! qué escena tan horrible, hijo mío! ¿Por qué me la recordáis? Y sobre todo ¿cuál es la lengua calumniadora?...

—Me han dicho además—prosiguió el inflexible Gilberto—que después de ese deplorable suceso M. Leminof, sintiendo horror contra el lugar testigo de su deshonor, salió de Moscou y de Rusia, y se trasladó á la Martinica. Al llegar allí, perdió, después de algunos meses de permanencia, uno de sus hijos, una niña según creo, y esta muerte debió ser anticipada por...

—¡Nueva calumnia!—dijo el padre interrumpiéndole y mirándole con fijeza.—Aquella niña murió de la fiebre amarilla. Jamás Kostia Petrovitch ha levantado un dedo contra sus hijos. ¡Ah! decidme qué lengua de vibora...

—Á lo menos no es calumnia pretender que tiene sus

motivos para no querer á su hijo. Primero, le aborrece porque es el vivo retrato de su madre; y luégo, tal vez duda que ese joven sea realmente hijo suyo...

— Duda impía que he combatido con todas mis fuerzas! Ese joven nació nueve años antes de que su madre cometiera su primera y única falta. Lo he dicho y repetido; se me objeta que nació después de seis de un matrimonio que parecía condenado por el cielo á eterna esterilidad; circunstancia fatal, que parece una prueba irrefutable para un corazón vengativo y lacerado. Pero, de nuevo os lo suplico, ¿quién ha podido decirlo?...

— Una palabra más: antes de partir para la Martinica, M. Leminoz hizo cuánto pudo para descubrir al amante de su mujer. Sus sospechas recayeron en uno de sus amigos más íntimos, llamado Morlof. En su ciego furor, le mató, y sin embargo, Morlof era inocente!

— ¿Os han dicho que le asesinó? — exclamó el padre Alejo, cada vez más agitado. — ¡Otra calumnia! le mató en duelo de buena ley. ¡Virgen santa! el pecado es de suyo bastante grave; pero la policía echó tierra al asunto, y el conde obtuvo su absolución.

— ¡Ay! — repuso Gilberto — si la Iglesia ha perdonado, la conciencia del matador se obstina en condenarle; maldice esa mano arrebatada que vertió sangre inocente, y por una extraña aberración, le exhorta á lavar aquella fatal equivocación en la sangre del verdadero culpable. Al cabo de seis años aún no ha renunciado á descubrir á ese culpable: le irá á buscar si es preciso á las entrañas de la tierra, y si por casualidad hay algún corazón donde esté escrito ese nombre, abrirá ese corazón con la punta de la espada para descifrar en él esas letras de sangre y de fuego!

Gilberto pronunció estas últimas palabras con vibrante voz. Había olvidado súbitamente dónde se hallaba y con quién hablaba. Creía estar presenciando la escena del corredor, creía oír todavía aquellas terribles frases que le

helaron la sangre en las venas... El sacerdote sintióse acometido de un temblor convulsivo, pero en breve volvió á ser dueño de sí. Se levantó lentamente y se mantuvo en pié enfrente de Gilberto, con los brazos cruzados sobre el pecho. Desde hacía un rato ennobleciase su semblante á la vez que su lenguaje. En aquel momento la transformación era completa; ya no estaba Gilberto en presencia de aquel varón tímido á quien un fruncimiento de cejas estremecía, de aquel epicúreo ganoso de sensaciones agradables, de aquel vanidoso artista que mendigaba elogios con la mayor candidez. Los ojos del padre, excesivamente abiertos, brillaban en sus profundas órbitas como carbones encendidos; sus labios plegados por amarga sonrisa, parecían dispuestos á lanzar los rayos de la excomunió; una majestad verdaderamente sacerdotal se había esparcido como por milagro en su frente. Gilberto no podía dar crédito á sus ojos; contemplaba en silencio, sin poderle reconocer, al nuevo padre Alejo que acababa de revelársele.

Entonces hablando consigo mismo:

— ¡Vaya! — se dijo el padre — qué simple eres, Alejo! Unas cuantas caricias, algunos mimos bastan para que tu vanidad satisfecha haga enmudecer tus desconfianzas y desarme tu buen sentido! ¿No sabías que ese joven es el amigo íntimo de tu señor?

Luégo, inclinándose hacia Gilberto:

— ¿Os han creído bastante hábil para hacerme charlar, verdad? Y vos mismo, os habéis figurado que bastarían un grosero artificio y algunas amenazadoras frases para arrancarme un secreto que guardo hace cerca de siete años? Joven presuntuoso, vuelve á quien te envió y repítete fielmente lo que voy á decirte: Un día, estando en la Martinica, en una casa aislada, á corta distancia de uno de los arrabales de la ciudad de San Pedro... Déjame hablar, mi historia no será larga... Figúrate una sala espaciosa, oscura, con una mesa en el centro... Me encerraron

allí al medio día; al día siguiente por la tarde estaba todavía en aquella habitación y durante treinta y seis horas ni comí ni bebí. Al llegar la noche, me acostaron cuán largo era encima de la mesa, me liaron, me agarrotaron... Entonces vi inclinarse sobre mí un rostro tal como no es posible que veas otro tan terrible en tus sueños; y una boca que se reía como la de un condenado, se acercó á mi oído para decirme: «Padre Alejo, quiero saber tu secreto, y lo sabré...» No despegué los labios. Apretaron las cuerdas valiéndose de un torno y no hablé; me cargaron de pesos el pecho, y no hablé; me calzaron unos borcegueses que deseo no los veas nunca en tus piés, y no hablé; crugieron mis huesos y no hablé; vi correr mi sangre, y no hablé. Finalmente se apoderó de mí una angustia suprema, pasó por mis ojos una nube rojiza, sentí helármeme el corazón, creí que iba á morir... Entonces hablé y dije: «Conde Leminof, puedes matarme; pero no me arrancarás el secreto de la confesión!»

Y al decir estas palabras el sacerdote, bajándose, descalzó su pié derecho, y dejó ver á Gilberto carnes lacradas y secas, huesos deformes á consecuencia de la tortura; luégo, volvió á calzarse, dió tres pasos atrás, como si se desviara de una serpiente y exclamó con voz tonante alzando los brazos al cielo:

— ¡Maldiga Dios á las víboras que toman la figura de la paloma! ¡Oh Salomón! ¡no habéis escrito en vuestros *Proverbios*: «Cuando hable graciosamente no le creas, porque tiene siete abominaciones en el corazón?»

Mientras escuchaba el relato del padre, Gilberto recordó algunas frases incoherentes del sonámbulo, cuyo sentido no había acertado á comprender: *Tended sobre esa mesa al del ropaje negro! Apretad los borcegueses!...*

— Aquel hombre del ropaje negro—se decía—era el padre Alejo!...

Se levantó, le contempló con ojos en que se pintaban la sorpresa y la admiración; no se cansaba de mirar aquel

semblante que le parecía ver por primera vez, y murmuró en voz baja:

— ¡Dios mío! ¡cuánta complicación encierra el corazón del hombre! ¡Qué descubrimiento acabo de hacer!...

Luégo quiso acercarse á él; pero el sacerdote retrocedía siempre agitando por encima de su cabeza el brazo amenazador, diciendo:

— ¡Malditas sean las víboras que toman la figura de la paloma!

—Y yo digo— exclamó Gilberto:— ¡benditos sean para siempre los labios que ha tocado el carbón sagrado y que guardan sus secretos hasta la muerte!...

Y lanzándose hacia él, le estrechó entre sus brazos y besó hasta tres veces la cicatriz que le causara la sangrienta mordedura de Solón.

¿Quién fué el que quedó sorprendido, estupefacto? El padre Alejo. Miraba á Gilberto, á Abraham, á Jacob. Balbuceaba frases incoherentes. Ponía por testigo al cielo de lo que le sucedía; gesticulaba, sonreía, y lloraba, hasta que, quebrantado por la emoción, se dejó caer en la grada de mármol y ocultó entre las manos su rostro bañado en lágrimas.

—Padre mío—le dijo respetuosamente Gilberto sentándose á su lado—perdonadme el pesar que acabo de causaros. Si por casualidad os quedara todavía alguna desconfianza, escuchad bien lo que voy á deciros, porque deseo ponerme á vuestra discreción, y si revelaseis algunas de mis confidencias, de vos dependería hacerme expulsar de esta casa el día y hora que os plazca...

Y en seguida le contó la escena del corredor.

— ¡Juzgad qué impresión producirían en mí las terribles palabras que de oír acababa! Durante algunos días, mi espíritu estuvo preocupado. Procuraba representarme los detalles de esa lamentable aventura, pero temiendo extrañarme en mis sospechas, he querido salir de incertidumbres, y he venido á encontraros. Os he afligido, padre mío,

y os suplico una vez más, que os dignéis perdonar mi temeraria curiosidad.

El padre Alejo levantó la cabeza. ¡Adiós el Santo! ¡adiós el Profeta! Su rostro acababa de recobrar su expresión habitual: la sublime tempestad que le había transfigurado no había dejado en él sino algunos rastros casi invisibles de su paso. Miró á Gilberto con aire de reproche.

— ¡Ah!—dijo—¿con que solamente por eso has venido á verme? Por lo visto, querido hijo, ¿no eres aficionado á las artes?

—Tranquilizaos—contestó Gilberto sonriendo—las amo apasionadamente. Hace poco he contemplado á mi sabor vuestros patriarcas; de hoy en adelante los admiraré más todavía, porque al fijar en ellos mi vista, me acordaré de aquella casita de uno de los arrabales de San Pedro...

—Permíteme que te diga, querido hijo—objetó el padre Alejo—que esas dos cosas no tienen la menor relación. Si hubiese revelado el secreto de confesión, hubiera merecido condenarme eternamente. Cumplí mi obligación, y nada más; en mi lugar, cualquiera otro sacerdote honrado y ortodoxo, hubiera hecho lo mismo; pero mis patriarcas... ¡Ah! ya lo ves, el talento de artista Dios no lo concede más que á un reducido número de sus predilectos; es un tesoro del que se muestra avaro. Uno puede ser monje Basilio, archimandista, protopope, obispo, arzobispo, y no ser capaz de dibujar siquiera la punta de la nariz de un patriarca ó una de esas hojitas de granado que he pintado allá abajo en la pared... El talento, hijo mío, es un dón de la divina gracia, del que es menester hacer uso con toda humildad; pero lo confieso, mi corazón salta de gozo en el pecho cuando reflexiono que si no existiera el padre Alejo, tal vez no se encontraría nadie, de Astrakán á París, capaz de hacer un retrato que se pareciera algo al patriarca Abraham y á su familia... Lo que siento—continuó—es haberte contado esa historia de los borceguies; no se la he revelado á nadie y casi la había olvidado. He perdonado, lo he

perdonado todo, y esto no te admiraría, si hubieses presenciado como yo la desesperación de ese hombre. En pocos meses envejeció veinte años. No dormía, estaba medio loco. Hay en él algo de Pedro el Grande. Su voluntad es de hierro y sus pasiones de fuego. Había nacido para Czar, para gobernar un imperio y para hacer estrangular á sus enemigos. ¡Por Dios! no te interpongas en su camino, te quebraría como si fueses de vidrio. No le has visto nunca enfurecido; se pone convulso. La idea de haber sido engañado le corroe como una úlcera; es una herida que no sanará jamás, y puedes haberte hecho cargo de los sufrimientos que soporta á ciertas horas, por los suspiros que le oíste la otra noche. Es preciso compadecerle. Amaba á su mujer, que era maravillosamente hermosa: por su hijo puedes sacar la consecuencia, que se le parece como un pichón á una paloma. Y cuando digo que le amaba, quiero decir como el gran bajá ama á la sultana favorita, ó para explicar mejor la idea, su mujer era á sus ojos una joya de gran precio, una esmeralda, un topacio que le gustaba ver brillar al sol... Pero sobre todo era una propiedad suya, y nunca se ha visto propietario más celoso de sus bienes. Y ahora contéstame francamente, ¿me has contado todo lo que has oído en el corredor? ¿No sabes algo más?... ¿Podrías jurarlo?... Bien, ya estoy tranquilo... Querido hijo, no vuelvas á rondar por la noche; podría acarrearle alguna desgracia. Por otra parte, sería inútil; mucho me engaño, ó mientras dure la crisis, Kostia Petrovitch se hará encerrar en su aposento durante la noche. Así lo hacía el año pasado, porque es necesario que sepas que desde que regresamos á Europa, cada verano tiene una de esas malditas crisis. Las dos primeras empezaron el 5 de julio, aniversario de la muerte de su mujer. Esta ha venido más pronto y le ha sorprendido. ¡Dios quiera que sea corta! Mientras su mal le atormenta, estará muy poco amable. La prueba la tienes en este rasguño que ostento en la mejilla...

—Padre mío—replicó Gilberto después de un corto silencio—dispensad que os dirija todavía una pregunta, una sola. ¿Cómo es posible que después de la horrible escena que me habéis contado, hayáis continuado viviendo con M. Leminof?

—He aquí una pregunta—dijo sencillamente—que jamás se me había ocurrido...

Guardó silencio algunos momentos para reflexionar, y después de un breve recogimiento:

—Hace ya mucho tiempo, hijo mío, que no he tenido el placer de conversar con ningún alma viviente, y tú eres un hombre de tan buen trato, que no puedo resistir al deseo de desenredar ante ti mi madejita, seguro como estoy de tu absoluta discreción... Mi mujer murió tres meses después de la condesa Olga. ¡Dios la tenga en su gloria! Dirás que me libré de una pesada carga. Convengo en ello; pero si al quedar viudo hubiese tenido que seguir la costumbre y encerrarme en un convento... ¿qué te diré? ¡la Virgen santa me lo perdone! siento muy poca inclinación á la vida conventual. En esa alternativa estaba cuando vino á encontrarme el conde Kostia. Me anunció su resolución de distraerse de sus pesares corriendo mundo, me preguntó si me sentía dispuesto á acompañarle asegurando que me guardaría los mayores miramientos... Echó mano de caricias, lisonjas, hechizos. Estaba yo muy lejos de sospechar su intento... Le contesté que sí. La novedad de la aventura me encantó. Solventó todas las dificultades y partimos... Apenas habíamos llegado á la Martinica cuando arrojó la máscara. Un día, divagando en su compañía por el campo, Kostia Petrovitch me dijo cuánto me acabas de repetir, que había un nombre, nombre terrible, detestable, que quería saber á toda costa, que ya sabía yo á qué error fatal le habían conducido sus primeras investigaciones, que en adelante no se guiaría por sus sospechas, que le era necesaria la evidencia, la certidumbre, que quería saber y sabría y que por lo demás no abrigaba ningún de-

seo de venganza... ¡que era una sencilla cuestión de curiosidad! Pero esta curiosidad devoraba su vida y su corazón, le quitaba el apetito y el sueño, apresurando por momentos el término de su existencia... No me costaba gran trabajo el darle crédito... Añadió...—todavía, le estoy viendo, hijo mío, en pié ante mí, con sus manos sobre mis hombros, y fijos en los míos sus chispeantes ojos... Añadió, que aquel nombre maldito yo debía saberlo, que lo sabía... Mis miradas, mi turbación, mi palidez y mi silencio le contestaron... En aquel momento empezó para mí una larga serie de sufrimientos y de angustias. Cada día me asediaba con sus súplicas, con sus ruegos, con sus objeciones. Daba mil vueltas en derredor mío con la sonrisa en los labios, y con la amenaza en los ojos... Se le hubiera podido confundir con una serpiente que quiere fascinar á su codiciada presa. «¿Á qué precio quieres venderme tu secreto?» me decía. «No regatearé...» Me hacía mil promesas, una tras otra; me ofreció hasta la mitad de su fortuna. Y yo le señalaba con el dedo el crucifijo que pendía de mi cuello... Entonces cambió de método. Me vi sometido al sistema del terror. Tengo los nervios débiles, hijo mío, y sin embargo, Dios sabe qué pruebas han resistido... Una noche, al despertarme, le ví sentado al borde de mi cama; con una mano sostenía una lámpara y con la otra me apuntaba una pistola... Pero pasemos, pasemos adelante. Ya te he dicho que lo había perdonado todo... Después del tormento de los borceguies, tardé mucho tiempo en restablecerme. Cuando estuve en pié, empezaron para mí nuevas pruebas. Las privaciones, la soledad, un estrecho cautiverio, la quema de mis pinceles, la prohibición absoluta de dibujar, de tomar un lápiz en mis manos, he aquí los medios á que recurrió para subyugarme á su voluntad. Al poco tiempo empecé á ponerme malo; lo advirtió oportunamente, comprendió que me moría, y en manera alguna deseaba mi muerte. Mis ojos hundidos, mi enflaquecimiento, y la palidez mortal que llevaba impresa en mi

semblante, le asustaron. Hizo que se me prodigaran exquisitos cuidados, levantó todas sus prohibiciones, me permitió comer lo que apetecía, dibujar y pintar. Desde entonces mi vida es tolerable. Todavía paso algunos cuartos de hora malos, pero los días se suceden unos á otros y no se asemejan en nada; en el instante menos pensado, ruge la tormenta; entonces, bajo la cabeza, me mantengo quedo, y aguardo el buen tiempo. El humor de ese hombre es muy desigual. Se pasa los meses enteros entregado al estudio. Como dice el adagio *cada loco con su tema*, la suya es su extremado amor á los libros. Un día le oí decir que la felicidad tiene para él la forma de un infolio. Y verdaderamente los librajos le hacen bien, le proporcionan por algún tiempo la calma y la salud; pero de repente se despiertan sus recuerdos y se renueva la herida. Entonces, el jabalí que creíamos domesticado, recobra su natural fiereza, y hay que precaverse contra sus embestidas. Como puedes comprender, recibo sus zarpazos con frecuencia, pero mi piel ha acabado por endurecerse. En una palabra, si estoy sobre aviso, vivo, y esto es algo... Además, no calumniemos á ese hombre terrible. No es incapaz de sentir. ¿Creerías que no ha hablado jamás á Esteban de la falta ni de la muerte trágica de su madre? El muchacho está en la más completa ignorancia de todo, y el conde tolera que su hijo adore la memoria de la pobre pecadora y la venera en su imaginación como á una santa... Otro rasgo de magnanimidad que recomiendo á tu admiración: Kostia Petrovitch jamás se ha dignado dirigir una mirada á mis pinturas que por falta de inteligencia llama mamarrachos; pero tampoco nunca le han parecido demasiado costosas, sin embargo de que no economizo los colores. Mira esas auréolas de oro, lo menos tienen dos piés de diámetro. ¡Pues bien! jamás me ha dicho: «Padre Alejo, tus diademas me cuestan caras! cuenta con los dedos los rublos que me has gastado...» ¿Qué dices á esto, hijo mío? ¿No te parece que hay algo bueno en este hombre...? En

fin, piensa de él lo que quieras, pero ten entendido que jamás he pensado en separarme de su lado. Me he acostumbrado ya á ver su sombrío semblante, y me ha hecho sufrir tanto en otro tiempo, que le estoy muy agradecido por el daño que deja de hacerme. Y además, ¿qué es la felicidad, sino el arte de saberse consolar? He llegado á ser muy hábil en ese juego y no hay pena que no sea capaz de olvidar, cultivando el poco talento que el cielo con su munificencia me ha deparado... Por otra parte, aun cuando quisiera marcharme, ¿cuento con alguna seguridad de poderlo llevar á cabo? Lo que ese hombre quiere, lo quiere de veras, y entiende que me tiene siempre bajo su fécula, porque si ha renunciado á obtener mi secreto, por medio de la violencia, alimenta siempre la esperanza de robármelo algún día, valiéndose de una estudiada sorpresa. Su método es hábil: pasa seis meses sin decirme una palabra y de pronto, cuando cree adormecida mi desconfianza, echa el anzuelo á mi alma; ¡pero Dios sea loado! por fino que sea el cebo, mi secreto permanece intacto. Los mismos ángeles de Dios, ya lo ves, son los guardianes del secreto de la confesión... ¿Qué más te diré, hijo mío? He alcanzado ya una edad en que no se siente la tentación de mandar al destino, en que no se ocupa uno más que en conservar las fuerzas que le restan para sufrir sus rigores ú olvidarlos. Mira á Iván, ese otro barba gris. Hace quince años que pedía á su amo la libertad. Quería hacerse buhonero, corretear por los caminos, é ir á pié desde Moscou á Tiflis y de Tiflis á Astrakán. Hoy, si le concedieran su libertad y le despidieran de la casa, se encontraría como un águila con las alas cortadas, á la que precipitasen desde su nido, diciéndole: «¡Vé adonde quieras, el espacio es tuyo!»

Al hacer á Gilberto esta larga relación, la figura del padre se había ennoblecido de nuevo y estaba refulgente; pero apenas hubo concluido, pasando la mano por encima del estómago:

—Apreciable joven — dijo — ven conmigo á la sacristía. Tengo allí, en el fondo de un armario, caviar, tostadas con manteca y una botella de vino moscatel con que deseo obsequiarte. Es un néctar que no tiene igual, y ya me dirás qué te parece. Luégo volveremos á nuestro andamio, y me acompañarás mientras pinto. Quiero que veas cómo empleo mis colores.

Impaciente con aquellos cambios de conversación, Gilberto se levantó bruscamente.

—Os doy muchas gracias, padre mío, pero ya es hora de retirarme. Felizmente saldré de aquí tranquilo por lo que toca á vos; pero respecto á Esteban!...

—¡Ya te vas! — contestó Alejo con aire contrariado.

Y hundiendo en su boca el índice de su mano derecha, y retirándolo con un chasquido:

—Mira que ese moscatel...

—¡Y Esteban! — repitió Gilberto encaminándose hacia la puerta.

El padre le acompañó.

—¡Sí, es verdad! — dijo moviendo la cabeza y acariciándose la barba. — ¡Sí, perverso niño! ¡Haber querido matarse! ¡Cosas de raza! Tiene el mal genio de su madre. Esa familia es aficionada al veneno. Uno de los hermanos del abuelo de su madre se despachó en toda regla á los cincuenta años con unas cuantas píldoras de arsénico.

—¿Se parece Esteban tanto á su madre en carácter como en fisonomía?

— ¡Oh! ¡no por cierto! Olga Vassilievna era una mujer afable, bonita, mona, dócil como un cordero y débil como un junco. Á menudo tarareaba una canción que empezaba así: «Soy una rosita blanca, y si el aire tempestuoso me rozara con sus alas...» ¡Pobre Olga Vassilievna! la tempestad pasó por encima de ella y la tronchó... ¿Has observado esas lindas pelusillas blancas que cruzan por los aires en la primavera? Suben, bajan, se dejan caer en el césped y permanecen posadas sobre la cima de la jugueto-

na yerba hasta que un soplo de viento las arrebatara de nuevo y las lleva á algunos pasos más allá... Tal era Olga Vassilievna... De carácter tan dulce que Kostia Petrovitch hacía de ella lo que quería. ¡Un milano casado con una paloma!... Es cierto que tenía sus caprichos, sus antojos, pero los manifestaba con tanta gracia... Cuando revoloteaba por el salón, hubiérase dicho que era una linda nube de muselina... Puedo asegurarte que los encajes con que se adornaba no eran más ligeros que su corazoncito... En verano, pasaba muchas horas arrellanada en un sillón ó acostada en una hamaca, con el abanico en la mano, cacareando como una gallinita con los vecinos que la visitaban, ó bien corría por el jardín hasta que rendida de cansancio, caía al extremo de una de sus calles. Con frecuencia su marido la llevaba en brazos al salón. Esa mujer pecó por debilidad. Si el conde Kostia no se hubiera separado nunca de ella, hubiera muerto pura y sin mancha. Si el conde hubiera estado presente, jamás hubiera pensado ella en deslizar sus piecitos fuera de la senda del deber... ¡Ah! ¿por qué tiene Kostia Petrovitch tanto amor á sus libros? ¿Por qué se fué á París á abismarse entre el polvo de las bibliotecas? Era la primera vez que se separaba de su esposa. Acababa ésta de salir de una enfermedad, y hubiera sido peligroso exponerla á las fatigas de un viaje, pero él no podía retardar su partida. Publicaba sabias disertaciones en *El Contemporáneo* y necesitaba hacer algunas investigaciones en París. Debía permanecer allí diez y ocho meses. Inesperadamente recibió de Rusia una carta, y apenas se hubo enterado de su contenido, regresó con la velocidad del rayo, llegando á sus dominios cuando menos le esperaban. Halló á la condesa Olga en el séptimo mes de su embarazo, y él hacía diez meses que estaba ausente. Permaneció tres horas encerrado con su mujer. Al salir de esta entrevista, la condesa se envenenó... Pero fija tu atención, hijo mío, en la extraña complicación de las cosas de este mundo! Si Kostia Petrovitch no hubiera he-

cho ese maldito viaje, hoy el padre Alejo tal vez sería monje y languidecería en el fondo de una celda. Ya ves cómo se encadenan las causas y los efectos, porque al fin...

—¿Así pues—dijo Gilberto—Esteban no se parece á su madre más que en la fisonomía?

—¿Y en qué más quieres que se le pareciese? Esteban es violento, arrebatado, un volcán en erupción. Aunque bajo de estatura y débil como una caña, recorre los bosques á caballo durante veinte y cuatro horas sin fatigarse. Lo que me espanta, es esa afición al veneno que parece hereditaria.

—No sé—repuso Gilberto deteniéndose á la entrada del cancel forrado de terciopelo negro que precedía á la puerta de la capilla; —no sé si será precisamente por gusto ó por afición que Esteban haya intentado envenenarse, y dudo que sea tan amante del fósforo como vos, por ejemplo, de la pintura. He creído comprender que es desgraciado, muy desgraciado...

—Y sin embargo—dijo el padre sonriendo—jamás le han calzado ciertos borceguíes...

Y dirigió á sus desventurados piés una mirada que parecía decirles: «¿recordáis, pobrecitos?»

—¡Ah! padre mío, hay sufrimientos morales que para un alma noble y altiva...

Gilberto no acabó la frase. El semblante de aquel niño viejo que tenía ante sí le quitó el valor.

—Le estoy hablando en hebreo—pensó.

El padre Alejo se rascó la oreja y con acento grave:

—Sí, tú mismo has nombrado el mal que le aqueja; su altivez, su funesta altivez. Ese joven comete veinte veces al día el pecado del orgullo, y creo en verdad que su carácter empeora. En otro tiempo era más amable, tenía más paciencia. De un año á esta parte se ha vuelto sombrío, iracundo, y se rebela!

—Tal vez—replicó Gilberto—á medida que vaya entrando en años...

—¿Qué dices?—exclamó el padre con tono magistral.—Ese niño tiene ya diez y seis años. ¿No es hora ya de que adquiriera un poco de aplomo esa cabeza de chorlito? ¡Por la Virgen bendita! ya está en edad de reflexionar y meditar seriamente las lecciones de su padre espiritual. Ya es tiempo de que sepa que los designios de Dios son inescrutables, y que estamos en un mundo de pruebas...

Y cuando Gilberto ponía la mano en el botón de la puerta:

—Escúchame—añadió en voz baja—quiero confiarte todavía otro secreto... Esas pinturas que ves á tu alrededor no son sólo un monumento artístico de que se ocupará la posteridad; son también, si me es permitido expresarme de este modo, una máquina piadosa destinada á atraer sobre nuestras cabezas las bendiciones de la Santísima Trinidad. Un día hice voto de trazar en estas paredes todas las glorias de la religión y supliqué en cambio á la Virgen Santa tan luego como estuviese terminado mi trabajo, hiciese un milagro patente que ponga fin á todos los sufrimientos de los habitantes de esta casa... ¡Pues bien! una noche se me apareció... Hijo mío, tengo la mano lista, y me lisonjeo de que antes de dos meses...

Gilberto se sonrió, se inclinó sin contestar y salió.

—¡Qué extraño es este cura!—decía entre sí atravesando el patio.

—¡Qué singular es este joven!—pensaba el padre Alejo encaminándose á la sacristía.

